

## FE.

¿Qué es fe?

**E**N su epístola á los Hebreos, S. Pablo define la fe de este modo: La fe es la sustancia de las cosas que debemos esperar, y la demostración de las que no se ven: *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.* (XI. 1).

La fe, dice S. Crisóstomo, es la convicción y la certidumbre de las cosas que se esperan, como si ya se poseyesen, porque Dios lo ha dicho. (*In Homil. ad Hebr.*).

La fe, dice S. Agustín, es creer lo que no vemos; y la recompensa de la fe será ver lo que hemos creído: *Fides est credere quod non vides, cuius merces est videre quod credidisti.* (Tract. XXVII. in Joann.).

La Iglesia da también la siguiente definición: Fe es una virtud sobrenatural por medio de la cual creemos en Dios y en todo lo que su Iglesia nos manda creer.

Necesidad de la fe.

**T**rabajad, dice Jesucristo, no por el alimento que se consume, sino por el que existirá eternamente y ha de daros el Hijo del hombre; porque Dios Padre ha puesto sobre Él su signo. (*Joann. VI. 27*). Y ellos le dijeron: ¿Cómo hemos de hacer las obras de Dios? Jesús les respondió con estas palabras: La obra de Dios es que creais en el que él os ha enviado: *Hoc est opus Dei, ut credatis in eum quem missi ille.* (Id. VI. 28-29).

Dicen las Actas de los Apóstoles que todos los que estaban predestinados á la vida eterna creyeron: *Et crediderunt quotquot erant preordinati ad vitam æternam.* (XIII. 48). Así pues hemos de creer para salvarnos.

Sin la fe, dice S. Pablo, es imposible agradar á Dios; porque es preciso que el que se acerque á Dios crea que existe y que recompensa á los que le buscan: *Sine fide impossibile est placere Deo; credere enim oportet accedentem ad Deum quia est et inquirentibus se remunerator sit.* (Hebr. XI. 6).

El que no crea, está ya juzgado, dice Jesucristo: *Qui non credit, jam iudicatus est.* (Joann. III. 18). Así pues hemos de creer....

Sin la fe, dice S. Agustín, la vida no es levantada, ni recta, ni buena: *Sine fide non est alta, recta et bona vita.* (Tract. in Joann.).

El fin de la ley es Cristo, para que sea justo todo creyente, dice S. Pablo á los romanos: *Finis legis Christus, ad justitiam omni credenti.* (X. 4). El fin, dice S. Anselmo, es Jesucristo, y Jesucristo es la perfección de la ley; porque sin la fe en Jesucristo, la ley no ha podido ni puede cumplirse. (*In monolog.*).

Los judíos han sido rechazados por su incredulidad, dice S. Pablo:

vosotros estais firmes en la fe: *Propter incredulitatem fracti sunt: tu autem fide stas.* (XI. 30).

El que abandona la fe, dice S. Agustín, no está ya en buen camino: *Qui fidem deserit, á via erravit.* (Tract. in Joann.).

Los judíos que no creyeron, en Jesucristo, no comprendieron tampoco la ley ni los profetas. Los judíos que no quisieron creer, no entraron en la tierra prometida....

El justo vive de la fe, dice S. Pablo á los Hebreos: *Iustus ex fide vivit.* (X. 38). Así pues es necesaria la fe para ser justo; es necesaria la fe para vivir; y si sólo el que vive tiene fe, el que no la tiene ha muerto....

El que no cree, se condenará, dice Jesucristo. *Qui non crediderit, condemnabitur.* (Marc. XVI. 16).

Sería preciso ser ciegos para sostener que la razón nos da una medida suficiente de luz con relación á la moral, y sobre todo al dogma, y por consiguiente que son inútiles la revelación y la fe en la revelación. Porque, 1.º sólo la fe puede mostrarnos la verdadera causa de nuestra corrupción é indicarnos el remedio de nuestros males; 2.º sólo ella puede enseñarnos cuál es nuestro último fin y guiarnos por su sendero...; 3.º sólo ella puede preservarnos de varios errores capitales, contrarios á la misma ley natural, que se hallan mezclados entre las bellas máximas proferidas por los filósofos paganos...; sólo ella puede enseñarnos las virtudes más esenciales para nuestra felicidad, la humildad, la abnegación, el amor á los enemigos, el perdón de las injurias, la resignación á la voluntad de Dios, la pureza, la virginidad, etc. Algunos paganos hablan de estas virtudes, pero no alegan suficientes motivos para practicarlas; y aún si algunos hablan de ellas, es porque las aprendieron del cristianismo....

¿Cómo hemos de conocer la Creación, la Redención; y cómo hemos de reconocer al mismo Dios sin fe?....

**1.º** La palabra de Dios en el Antiguo testamento. ¿Ha hablado Dios á los hombres, revelándoles sus voluntades? Si Dios ha hablado, hemos de creerle; porque Dios no puede ni engañarse, ni ser engañado, ni engañar. Y Dios ha hablado, y ha hecho conocer sus voluntades á los patriarcas..., á los profetas.... Los innumerables milagros públicos, pueden atestiguarlo, así como las profecías más auténticas..., y la manifestación del pueblo judaico..., y hasta de los paganos: Ciro... Nabucodonosor... Darío..., etc.

**2.º** La palabra de Dios en el Nuevo Testamento es el fundamento de nuestra fe. Jesucristo es el verdadero Mesías prometido. Lo prueba un gran número de milagros auténticos... Lo prueba el cumplimiento de todas las profecías... Lo prueba el mismo Jesucristo con sus propias profecías... Lo prueba con su divina moral....

**3.º** Nuestra fe tiene por fundamento: 1.º la estabilidad de la Igle-

Por qué es tan necesaria la fe

Fundamento de la fe ó motivos de la creencia.

sia... 2.º su infinidad... 3.º sus maravillas y sus beneficios... 4.º sus Apóstoles, sus mártires... sus Santos de todos los siglos, sus doctores....

4.º Nuestra fe se justificaría en caso necesario por el consentimiento uno y universal de los hombres.

5.º Hasta tendría el beneplácito y los homenajes de los enemigos de la fe....

6.º Tendría también los monumentos....

Excelencia de la fe.

Se le dará un don especial, el don de la fe, dice la Sabiduría: *Dabitur illi fidei donum electum.* (III. 14).

Si conocéis á Jesucristo, dice un autor, y creéis en él, esto os basta, aun cuando ignoreis todo lo demás. Si no conocéis á Jesucristo, la ciencia de todo lo demás es nula, es nada:

*Si Jesum noscitis, satis est, si cetera nescitis;  
Si Jesum nescitis, nil est, si cetera nescitis.*

Ahora, dice S. Agustin, amamos creyendo lo que hemos de ver, y más tarde amaremos viendo lo que habremos creído: *Nunc diligimus credendo quod videmus; tunc diligemus videndo quod credidimus.* (De Spirit.).

La fe es el principio de la vision beatífica, en la que estriba la vida y la felicidad eternas; porque la fe engendra la esperanza, la esperanza engendra la caridad, y la caridad produce las buenas obras que nos hacen merecedores de la vida eterna....

Dios, dice S. Agustin, ha colocado la justificación, no en la ley, sino en la fe de Jesucristo. Moisés, con la justicia legal, prometió tan sólo la vida temporal á los justos segun la ley; pero Dios ha prometido á la justicia de la fe, es decir, á sus justos segun la fe, la salvación y la vida eternas. (Serm. XVII).

¿Qué no encuentra la fe? dice S. Bernardo: Alcanza las cosas inaccesibles, descubre lo desconocido, abraza lo inmenso, se apodera del porvenir, y por fin encierra la misma eternidad en su seno (1).

Creed en Dios, y nada os faltará, dice el Eclesiástico: *Crede Deo, et recuperabit te.* (II. 6). ¿Qué es creer en Dios, dice S. Agustin? Es amarle, ir á su encuentro, incorporarnos á sus miembros. (Tract. XXVII. in Joann.).

Sólo la fe, dice Philon, es un bien muy sólido y cierto; es el consuelo de la vida, aumenta la esperanza, aleja las calamidades, trae la dicha, ahuyenta la superstición, consolida la piedad y procura adelantamientos en todos los bienes. El que tiene fe, posee á Dios, que todo lo puede, y quiere todo lo bueno. (Lib. de Abraham).

La fe, dice S. Bernardo, es como un modelo de la eternidad; en-

(1) ¿Qué no invenit fides? Attingit inaccessa, deprehendit ignota, comprehendit inmensa, apprehendit novissima; ipsaunque denique eternitatem suo illo vastissimo sinu quodam modo circumcuhit. Serm. LXXVI. in Cant.

cierra en su inmenso seno el pasado, el presente y el porvenir; nada se le escapa, nada perece para ella, y es tambien superior á todo (1).

La fe ha vencido, triunfa y vencerá.... S. Agustin enseña que la fe de Jesucristo ha sometido el mundo entero por la santidad, la castidad, la paciencia, la constancia de los Apóstoles, de los mártires y de las vírgenes. La fe, dice, ha vencido y destruido toda perfidia, de tal manera, que ni el judío, ni el hereje, tienen fuerza alguna contra ella: *Omnem fides perfidiam vicit atque ejecit, ita ut neque Judæus, neque hereticus quampiam vin adversus eam habeat.* (Lib. de Utilitate credendi., c. XVII).

No hay, añade S. Agustin, no hay riquezas que puedan compararse, no hay tesoro, honores ni cosa alguna en el mundo que esté al nivel de la excelencia de la fe. La fe católica salva á los pecadores, da vista á los ciegos, cura á los enfermos, bautiza á los catecúmenos, justifica á los fieles, rehabilita á los penitentes, multiplica los justos, y corona los mártires (2).

Con la fe, nuestra vida es pura, alegre, tranquila, santa y dichosa. Véase cuán grande es la virtud de la fe, puesto que domina todas las adversidades y es la salud del alma, dándole una vida suave y divina....

La fe de S. Pedro le valió ser primado de la Iglesia y depositario de las llaves del reino de los cielos. Jesus preguntó á sus discipulos: ¿Quién os parece que soy? Y al punto Simon Pedro tomó la palabra y dijo: Sois el Cristo Hijo de Dios vivo: *Tu es Christus Filius Dei vivi.* (Math. XVI. 16). Y Jesucristo le respondió diciéndole: Dichoso eres Simon, hijo de Juan; porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto: mi Padre que está en los cielos te lo ha revelado. Y yo te digo que eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atáreis en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatáreis en la tierra será desatado en los cielos. (Math. XVI. 17-19). ¡Promesa admirable, rica y sublime concedida á la fe de Pedro, que tendrá su efecto hasta el fin de los tiempos en los soberanos Pontífices, sucesores de S. Pedro!

Ved las maravillas que el gran Apóstol, en su epístola á los Hebreos (XI), atribuye á la fe. Por medio de la fe, dice, Abel ofreció una víctima más agradable que la de Cain; con ella obtuvo la manifestación de que era justo, viendo sus dones aceptados por Dios, y por medio de la fe habló aún despues de su muerte. Por medio de la

Maravillas de la fe.

(1) Fides est velut quoddam eternitatis exemplar, preterita simul et presentia, ac futura sinu quodam vastissimo comprehendit, ut nihil ei pretereat, nihil peccat, preceat nihil. Serm. VI. in vigili. Natio.

(2) Nulle sunt majores divitie, nulli thesauri, nulli honores, nulla mundi hujus major substantia, quam est fides catholica, que peccatores homines salvat, cæcos illuminat, infirmos curat, catechumenos baptizat, fideles justificat, penitentes reparat, justos augmant, martyres coronat. Serm. I. de verbis Apostoli.

fe, Henoch fué transportado para que no sufriese la muerte. Por medio de la fe, advertido Noé de lo que áun no se veía, preparó un arca para la salvacion de su familia, condenó al mundo y fué instituido heredero de la promesa que viene de la fe. Por la fe obedeció el patriarca Abraham, y partió para el lugar que debía recibir en herencia, y partió ignorando hasta dónde iba. Por la fe vivió en la tierra prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque él esperaba habitar en la ciudad que tiene fundamentos eternos, en la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe, hasta la estéril Sara concibió y dió á luz fuera de edad, porque creyó fielmente en la promesa que se le habia hecho, resultando que de un sólo hombre ya extinguido salieron retoños iguales en número á los astros del cielo y á la arena innumerable de las orillas del mar. Todos esos hombres han muerto en la fe sin haber recibido el cumplimiento de las promesas; pero viéndolo y saludándolo de lejos, y confesando que eran extraños y viajeros en la tierra; pues los que así hablan manifiestan ir en busca de una patria y desean la patria celestial; y por esto el Omnipotente no se avergüenza de ser llamado su Dios, porque les prepara una ciudad. Por la fe, Abraham ofreció á Isaac, cuando Dios le puso á prueba, al único hijo que habia recibido las promesas. Por la fe, Isaac bendijo para el porvenir á Esaú y á Jacob. Por la fe, el moribundo Jacob bendijo á todos los hijos de José. Por la fe, mandó José al morir que trasladasen sus huesos. Por la fe, negó Moisés, al llegar á la mayor edad, ser hijo de la hija de Faraon, prefiriendo padecer con el pueblo de Dios ántes que saborear las efímeras alegrías del pecado, y juzgando que los oprobios del Cristo eran una riqueza más aceptable que todos los tesoros de los egipcios; porque él preveía la recompensa que habia de obtener su conducta. Por la fe, abandonó el Egipto sin temer la ira del Rey, permaneció firme como si hubiese visto lo invisible. Por la fe, celebró la Pascua é hizo la aspercion de la sangre, para que el exterminador de los recién nacidos no tocase á los Hebreos. Por la fe, atravesaron éstos el mar Rojo, como si fuera tierra firme, y en su seno quedaron sepultados los egipcios que se atrevieron á perseguirles. La fe hizo caer las murallas de Jericó. Y ¿qué hemos de añadir? Seríamos prolijos si tratásemos de hablar de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Gefe, de David, de Samuel y de los Profetas, que por la fe vencieron naciones, cumplieron la justicia, obtuvieron promesas, cerraron la garganta de los leones, apagaron la fuerza del fuego, quedaron curados de sus enfermedades, fueron fuertes en la guerra y derrotaron ejércitos de los extraños (1). Unos han sido atormentados, negándose á librarse, para hallar mejor resurreccion; otros, des-

(1) Per fidem vicerunt regna, operati sunt iustitiam, adepti sunt repositionem, obtulerunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt castra eorum, convulnerunt de inimicitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum. XI. 32-34.

pues de haber sufrido escarnios y golpes, cadenas y cárceles, han sido apedreados, aserrados, atormentados de mil modos y muertos al filo del acero, y andaban de una á otra parte cubiertos de pieles de ovejas y cabras, víctimas de la necesidad, de la angustia y de la afliccion, aquellos hombres de quienes no era digno el mundo; andaban errantes por los desiertos y montañas, y vivían en las cuevas y cavernas de la tierra (1).

Este es un compendio de las maravillas que el Apóstol de las Gentes cuenta de la fe en la antigua ley....

Zacarias, padre de S. Juan Bautista, dudó de la promesa de Dios, y se volvió mudo; creyó, é instantáneamente recobró el habla: *Apertum est illico os ejus.* (Luc. I. 64.). La fe desata la lengua que la incredulidad habia atado, dice S. Ambrosio: *Quam vincerat incredulitas, fides solvit.* (Serm.).

La bienaventurada Virgen cree en la palabra del ángel, y el Verbo se hace carne y el mundo se salva.

Oigamos á Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo, el que en mí crea, hará las obras que yo hago, y áun las hará mayores: *Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera que ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.* (Joann. XIV. 12). ¿Qué obras serán pues esas de los creyentes en Jesucristo, que áun han de ser mayores que las suyas? 1.º Origenes juzga que esas grandes obras consisten en el triunfo conseguido por hombres débiles sobre la carne, el mundo y el demonio; porque el triunfo de Jesucristo en nosotros es más grande que el triunfo conseguido en sí mismo. (Homil. VII). 2.º Estas cosas grandes, dice S. Crisóstomo, consisten en que S. Pedro curó con su sombra toda clase de enfermedades. Los enfermos eran llevados á las plazas públicas, dicen las Actas de los Apóstoles, y colocados sobre lechos y jergones, para que al llegar Pedro los cubriese con su sombra y los curase. Acudia la muchedumbre de las vecinas ciudades de Jerusalem, trayendo enfermos y personas atormentadas de los espíritus inmundos, y todos quedaban curados (2). ¿Jesucristo no hizo esto y otras cosas? (In Joann. Evang.).

3.º S. Agustin es de parecer que estas grandes maravillas son la conversion del mundo pagano, llevada á cabo por doce apóstoles. Esto es más grande, dice, que crear el cielo y la tierra; porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvacion y justificacion de los predeterminados no pasará nunca. Lo que Jesucristo hace en nosotros y con nosotros, es más grande que el cielo y la tierra creados sin nuestro concurso; porque en la obra del cielo y de la tierra sólo hay

(1) Alii distantium sunt, non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria et verbera experti, insuper et vincula et carceres, lapidati sunt, scelerati sunt, tentati sunt, in occasione gloriæ mortui sunt: circumerunt in mediis, in pellibus operiebant, segentes, angustissimi, afflicti; quibus dignos non erant mundas, in solitudinibus errantes, in montibus, et spoliatis, et in cavernis terre. XI. 32-33.  
(2) Ita ut in plateas egerent infirmos, et ponerent in lectulis ac stratis, ut veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret, et liberarentur ab infirmitatibus suis. Concreverat autem et multitudo vicinarum civitatum Jerusalem, afferentes infirmos et vexatos a spiritibus immundis; qui cubabantur omnes. V. 15-16.

la mano de Dios; pero en nosotros hay la imagen de Dios: *Et hoc majus esse dixerim quam creare calum et terram: haec enim transibunt, praedestinatarum autem salus et justificatio permanebit.* (Tract. LXXII).

Todos sois hijos de Dios por la fe, dijo S. Pablo á los Gálatas: *Omnes enim filii Dei estis per fidem.* (III. 26).

La fe, dice S. Crisóstomo, es la luz del alma, la puerta de la vida y el fundamento de la salvacion eterna: *Fides lumen est anima, osium vita, fundamentum salutis aeternae.* (In Symbol.).

Ved las maravillas de la fe en los primeros cristianos. Todos los que creian no formaban más que un cuerpo, y todo lo poseian en comunidad. Vendian sus bienes, y repartian el producto entre todos, segun la necesidad de cada uno. (*Act. II. 45-46*).

¿No ha escogido Dios á los pobres en este mundo, dice el apóstol Santiago, para ser ricos en la fe y herederos del reino prometido por Dios á los que le amen? *Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni quod repromissit Deus diligentibus se?* (II. 5). Dios eligió á los pobres, y los hizo ricos con los dones de la fe. Santiago nos dice sobre el particular que las verdaderas riquezas no son el oro, ni la plata, ni los vestidos preciosos, sino la fe y las virtudes de la fe...

Todo el que ha nacido de Dios, dice el apóstol S. Juan, es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es la fe: *Omne quod natum est ex Deo vincit mundum; et haec est victoria que vincit mundum, fides nostra.* (I. V. 4).

Con la fe, dice S. Bernardo, poseo la eterna y angusta Trinidad, que mi espíritu no comprende: *Aeternam beatamque Trinitatem, quam non intelligo, credo, et fide teneo.* (Serm. LXXVI. in Cant.).

Las cadenas, las cárceles, el destierro, el hambre, el fuego, las bestias salvajes y los más crueles suplicios, jamás arredraron á los hombres de fe (*Serm. II. de Ascens.*). Véanse los mártires y los santos misioneros... Por la fe, dice el mismo santo Doctor, no sólo los hombres, sino las mujeres, los niños y las jóvenes vírgenes han combatido en todo el mundo hasta derramar su sangre. (*U supra*).

Véase á cuánto obliga la fe á los apóstoles... á S. Francisco Javier, á S. Vicente de Paul, á los Santos de todos los siglos...

Véanse los monumentos edificados en los siglos de fe... La impiedad todo lo destruye...; la fe todo lo levanta....

¿Qué es lo que pobló los desiertos, las montañas y los claustros con tantos ángeles de la tierra? La fe....

¿Qué es lo que envía á los hospicios tantos millares de santas jóvenes que renuncian á todas las ventajas del mundo para consagrar su vida á aliviar y á compartir las miserias del prójimo? La fe...

¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de modo que tantos millones de hombres de todas las clases, condiciones, naciones y lenguas no sean más que como un solo individuo? La fe...

¿Qué es lo que engendra las herejías, las sectas, los cismas, tan-

tas divisiones y todo ese caos de opiniones diferentes, todas las revoluciones sangrientas y devastadoras? La pérdida de la fe....

¿Qué es lo que multiplica los libertinos, los escandalosos, los impíos, los ladrones, los adúlteros y los asesinos? La pérdida de la fe....

¿Qué es lo que mantiene la paz, la union, el respeto, la prosperidad, de generacion en generacion, en las familias? La fe....

La fe es el fundamento de los imperios, de los reinos, de las naciones, de las provincias, de la sociedad y de la familia....

La fe hace bueno al rey, bueno al ministro, bueno al legislador, bueno al juez, bueno al sacerdote, buenos á los padres, buenos y piadosos á los hijos, y produce verdaderos fieles....

Creed en Dios, y nada temereis, dice la Escritura. (*II. Paral. XX. 20*).

Ventajas de la fe.

La fe borra los pecados, dicen los Proverbios: *Per fidem purgantur peccata.* (XV. 27).

Dios se manifiesta á los que tienen fe, dice la Sabiduría: *Apparet eis qui fidem habent in illum.* (I. 2).

Dios toma por esposa al alma vivificada por la fe, dice el profeta Oseas: *Sponsabo te mihi in fide.* (II. 20).

Despues de haber admirado y hecho admirar Jesucristo la fe del Centurion, le dijo: Id y suceda todo segun habeis creido. Y su criado quedó sano instantáneamente: *Vade, et sicut credidisti fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.* (Matth. VIII. 13).

Se levantó una tempestad en el mar, y temblaron los apóstoles. Hombres de poca fe, les dijo Jesucristo, ¿por qué temeis? Y levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar, y todo quedó en calma: *Quid timidi estis, modice fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (Matth. VIII. 26).

Presentaron á Jesucristo un paralítico tendido en una camilla, y Jesús viendo su fe, dijo al paralítico: Hijo mio, ten confianza, tus pecados han sido perdonados. Y en seguida añadió: Levántate, toma tu camilla, y vuélvete á casa. Y se levantó, y se fué á su casa. (*Matth. IX. 2-6-7*).

Una mujer enferma de un flujo de sangre durante doce años, se acercó á Jesucristo y tocó el extremo de su vestido. Porque decía para sí: Con sólo tocar su vestido quedaré curada. Volviéndose Jesús, la vió y le dijo: Hija mia, ten confianza, tu fe te ha curado; y aquella mujer quedó sana desde aquel momento. (*Matth. IX. 20-22*).

Habiendo Jesús entrado en una casa, se le acercaron unos ciegos á quienes preguntó: ¿Creéis que yo pueda hacer lo que me pedís? Y ellos contestaron: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Suceda lo que cree vuestra fe. Y sus ojos se abrieron. (*Matth. XI. 28-30*).

Una mujer de Cananea dijo á Jesús con grandes voces: Señor, hijo de David, tened lástima de mí; mi hija se halla cruelmente atormentada por el demonio. Jesús no le contestó una palabra. Entonces ella fué á prosternarse delante de Jesús diciendo: Señor, so-

corredme. Y él contestó: No es bueno coger el pan de los hijos y echárselo á los perros. Pero ella dijo: Es verdad Señor; pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entónces Jesús exclamó: ¡O mujer, grande es tu fe! Suceda lo que tu quieras. Y su hija quedó instantáneamente curada. (XV. 22-27 25-28).

Jesús dijo á sus discípulos: En verdad os lo digo, si teneis fe y no titubeais y decís á esta montaña: Anda y arrojáte al mar; así sucederá: y obtendreis todo lo que pidais con fe en la oracion. (Matth. XXI. 21-22).

Se acercó un hombre á Jesús, y prosternándose á sus plantas le dijo: Señor, tened lástima de mi hijo, que es lunático y sufre mucho; pues cae muchas veces en el fuego, y otras en el agua. Lo he presentado á vuestros discípulos, y no han podido curarle. Jesús respondió: ¡O generacion incrédula y perversal! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo sufriré? Tráedme. Y Jesús habló como amo al demonio, y el demonio saltó del niño, que quedó bueno en aquel mismo instante. Entónces los discípulos se acercaron á Jesús en voz baja, y le dijeron. ¿Por qué no hemos podido nosotros echarle? Y Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad. En verdad os lo afirmo, si tuviereis fe, tan grande como un granito de mostaza, diriais á esta montaña: Anda de aquí para allá; y andaría; nada os sería imposible. (Matth. XVII. 14-19). Todo es posible al que cree: *Omnia possible sunt credenti.* (Marc. IX. 22).

Todo el que crea en Jesucristo, no perecerá, pues tendrá la vida eterna, dijo el mismo Jesucristo: *Ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam eternam.* (Joann. III. 15).

Tal es la voluntad de mi Padre que me ha enviado: todo el que vea al hijo del hombre y crea en él, tendrá la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: *Hec est autem voluntas Patris mei, qui missi me: ut omnis qui videt Filium et credit in eum, habeat vitam eternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.* (Joann. VI. 40).

Soy la resurreccion y la vida; aunque estuviere muerto, el que crea en mí, vivirá; y todo el que viva y crea en mí, no morirá jamás: *Ego sum resurrectio et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet: et omnis qui vivit, et credit in me, non morietur in aeternum.* (Joann. XI. 25-26). Jesús dijo á Marta: No os dije que si creiais veriais la gloria de Dios? *Dixit ei Jesus: ¿Nonne dixi tibi, quoniam si crederis, videbis gloriam Dei?* (Joann. XI. 40).

Porque me habeis visto, Tomás, habeis creído. Dichosos los que no han visto y han creído, le dijo Jesús: *Dixit ei Jesus: Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt, et crediderunt.* (Joann. XX. 29).

Todos los profetas, dice S. Pedro en las Actas de los Apóstoles, rinden á Jesucristo el tributo de decir que todos los que en él creen, reciben en su nombre la remision de los pecados. (X. 43).

Habia en Lystra, refieren las mismas Actas, un hombre tullido y

cojo desde el seno de su madre, quien nunca habia podido andar. Oyó á Pablo que hablaba. Y Pablo mirándole y viendo que tenia fe en su curacion, le dijo con voz fuerte: Ponte en pié. Y de un salto se levantó y anduvo. (XIV. 14-7-9).

El Evangelio nos dice que habiendo obtenido un oficial la curacion de su hijo, creyó, y tambien toda su casa con él: *Credidit ipse, et domus ejus tota.* (Joann. IV. 52). Es pues una felicidad inestimable para una casa cuando el jefe tiene fe.

La palabra de Dios conserva á los que tienen fe y los salva, dice la Sacerdotia: *Sermo tuus hos, qui in te crediderint, conservat.* (XVI. 26).

La fe salva del pecado, de la muerte y de la condenacion....

En todas las cosas, dice S. Pablo á los de Epheso, empuñad el escudo de la fe para que podais apagar todos los dardos inflamados del espíritu perverso: *In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguer.* (VI. 16).

Jesucristo, dice S. Pablo, vendrá para ser glorificado en sus Santos, y admirado en aquel día en todos los que han creído, como vosotros habeis creído nuestra manifestacion. (II. Thess. I. 10).

La gracia de Dios abunda con la fe y el amor, dice S. Pablo á Timoteo. (I. I. 14).

He guardado la fe, añade; por lo demás guardo la corona de justicia: *Fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona justitie.* (III. 7-8).

Entraremos en el reposo, nosotros que hemos creído, escribe aquel gran apóstol á los Hebreos: *Ingrediemur enim in requiem, qui credidimus.* (VI. 3).

Acerquémonos (á Jesucristo) con un verdadero corazon en la plenitud de la fe, añade tambien. (Hebr. X. 22).

Honor á vosotros que teneis fe, dice el apóstol S. Pedro: *Vobis honor credentibus.* (I. II. 7).

Vuestro adversario el demonio, dice el mismo apóstol, da vueltas al rededor vuestro como un leon rugiente que busca la presa que há de devorar; resistidle, fuertes en la fe. (I. V. 8-9).

Halladme un hombre que busque la fe, y le seré propicio, dijo el Señor por medio de Jeremias: *Querite an inventatis virum quarentem fidem, et propitius ero ei.* (V. 1).

La fe es una luz viva, dice S. Agustín; la ausencia del Señor no es ausencia: tened fe, y aquel á quien no veis está con vosotros: *Est illuminatio fides: absentia Domini non est absentia: habetis fidem, et tecum est quem non vides.* (Serm. I. de verbis Apostoli).

Guardaos la virtud de Dios en la fe para vuestra salvacion, y hállese digna de alabanzas de gloria y de honor la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro que se analiza con fuego, la manifestacion de Jesucristo á quien amais sin haber visto, y en quien creéis sin verle, y creyendo experimentais una alegría indecible y gloriosa, obteniendo el fin de vuestra fe, la salvacion de las almas. (I. I. 5-9).

Calidades que debe tener la fe. 1.º Debe ser firme é inquebrantable.

Muchas personas merecen la reprensión que Jesucristo dirigió á sus discípulos: ¿Por qué teméis y dudáis, hombres de poca fe? *Quid timidi estis, modice fidei?* (Matth. VIII. 26).

La fe tiene por garantía y por base la palabra de Dios, interpretada por la Iglesia, que ha recibido el don de infalibilidad. Así que se sabe positivamente por la autoridad de la Iglesia que Dios ha hablado, no debemos cuidarnos más que de creer lo que ha dicho y creerlo firmemente; compréndase ó nó, poco importa; la certidumbre está allí, y esto basta.....

No me engañaré nunca, y estoy seguro de no engañarme, creyendo con los patriarcas y los profetas y todos los justos de la antigua ley; creyendo con Jesucristo, Hijo de Dios, con la santísima Virgen, su divina Madre, con S. Juan Bautista, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; creyendo con toda la Iglesia todos sus concilios universales y sus concilios provinciales; creyendo con todos los santos Padres, todos los teólogos, todos los santos Tammany, los Santos de todos los tiempos y lugares, edades y condiciones; creyendo lo que el universo católico ha creído siempre firmemente; creyendo con cuantos verdaderos cristianos, hombres fieles y virtuosos han existido.....

Dire con Richard de S. Victor: Señor, si lo que creemos (después de tantas manifestaciones) es un error, vos nos engañais; porque lo que creemos está confirmado por prodigios y milagros que sólo vos podeis haber hecho: *Domine, si error est quod credimus, á te decepti sumus; ita enim in nobis ús signis et prodigijs confirmata sunt, quæ non nisi á te fieri poterunt.* (Lib. I. de Trinit., c. II).

¿Es firme en nosotros esta fe? ¿No es acaso vacilante? ¿No la hemos perdido? ¡Ay! ¿No hemos llegado á aquellos tiempos de incredulidad de que nos habla Jesucristo diciendo: ¿Pensais que al venir el Hijo del hombre hallará fe en la tierra? *Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (Luc. XVIII. 8).

2.º La fe debe ser natural.

Debemos creer todo lo que Dios nos manda creer por medio de su Iglesia. Si el error pudiera deslizarse en algun punto, ningun artículo merecería nuestra fe. El que niega un artículo de fe, los niega todos. Si Dios pudiese engañarse en una sola palabra, no estaríamos obligados á creerle en ninguna. Si la Iglesia docente nos diese un dogma falso, podríamos despreciar todos los demás. La palabra de Dios está aquí: *Id, instruid á todas las naciones, enseñándoles á guardar todo lo que os he mandado; pues sabed que yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos: Euntis ergo docete omnes gentes; docentes eos sercare omnia quæcumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* (Matth. XXVIII. 19-20). Así como mi Padre os ha enviado, de la misma manera os envío: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joann. XX. 21). El que os escucha, me escucha, y

el que os desprecia, me desprecia: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16).

He orado por ti (Pedro) para que no desfallezca tu fe: *Rogavi pro te (Petro) ut non deficiat fides tua.* (Id. XXII. 32). Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam; et portæ inferi non prævalent adversus eam.* (Matth. XVI. 18).

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el fundamento de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. Tim. III. 15). Por esto dice Jesucristo: Tened, al que no escuche á la Iglesia como pagano y publicano: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII. 17).

Vosotros que creéis lo que queréis, dice S. Agustín, y rechazais lo que no queréis, á vosotros os creéis, y no lo que dice el Evangelio. Queréis ser la autoridad y ocupar el sitio que corresponde al libro santo. (*De Morib.*).

La fe es una, dice S. Pablo: *Una fides.* (Ephes. IV. 5). No se divide, ni varia jamás..... (Véase Iglesia, su infalibilidad).

¿Tenemos nosotros esta fe entera? ¿Nos sucede alguna vez creer lo que nos place, y no creer lo que nos conviene? Si así fuese, no podríamos decir que tenemos fe.

No trateis de comprender lo que es superior á vuestra inteligencia, dice la Escritura; no escudriñéis lo que aventaja las fuerzas de la razón: ocupaos más bien de lo que Dios os ha mandado, y evitad ser curiosos en las obras de Dios: *Altiora te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris; sed quæ præcepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus.* (Eccli. III. 22). No es necesario que vuestros ojos vean y que comprendais las cosas ocultas: *Non est enim tibi necessarium, ea quæ abscondita sunt, videre oculis tuis.* (Ibid. III. 23). Porque tambien en el orden natural veis muchas cosas que no comprendéis: *Plurima enim super sensum hominum ostensa sunt tibi.* (Ibid. III. 25).

El hombre sensato y lleno de fe cree en la ley de Dios, y esta ley no le engaña, añade la Escritura: *Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis.* (Eccli. XXXIII. 3).

El verdadero cristiano busca la fe, y no lo que es del dominio de la razón, dice Tertuliano: *Fidem quærit, rationem non quærit.* (In Apoc.).

Si en materia de fe pudiésemos dar razones evidentes, dice S. Agustín, no sería fe, sino ciencia. Acordémonos de que Dios puede hacer algo incomprendible para el hombre; pues de otra manera, ó no sería Dios, ó el hombre sería Dios. (*Lib. de Civit.*).

El no comprender es acaso un motivo para no creer? En tal caso sería preciso dudar casi de todo, hasta de nuestra propia existencia... En efecto: ¿cuántos misterios vemos al rededor nuestro que no com-

3.º La fe debe ser humilde y docil.

prendemos! ¿Comprendemos por qué tiene este perfume la violeta, y aquel otro la rosa? ¿Comprendemos la metamorfosis de la mayor parte de los insectos? ¿Comprendemos por qué la hormiga cobra alas cuando se hace vieja? ¿Comprendemos lo que es un grano de arena, un átomo, etc...? Razon tiene pues S. Agustín en decir que si pudiésemos comprender todo lo que Dios ha hecho, ó dejaría de ser Dios, ó nosotros seríamos dioses.

El que quiera sondear la majestad infinita del Altísimo, quedará abatido por su gloria y su luz inaccesible: *Qui scrutator est majestatis, opprimetur á gloria.* (Prov. XXV. 27). Dios se burla del mortal que, en vez de humillarse y creer con la docilidad y la sencillez del niño, se irgue y le llama para pedirle cuenta de sus intenciones, de sus órdenes y de sus acciones. Y mientras que el hombre pretende en mala hora penetrar las grandezas de Dios, el peso de la majestad divina le abate; y por querer mirarle de hito á hito, el insensato pierde los ojos de la fe y se vuelve ciego. Si el que quiera mirar con fijeza el sol pierde la vista, ¿cómo podríamos fijar nuestras miradas en el eterno sol de justicia sin quedar ciegos?

Si nuestra religion no contuviese misterios, no sería divina; sería fabricada por hombres, sería puramente humana..... Creamos pues humildemente.....

4.º La fe debe ser viva.

La fe debe ser viva, es decir, práctica, llena de buenas obras.

No son los que escuchan la ley los justos ante Dios, dice S. Pablo á los Romanos; los justificados serán los que cumplen la ley: *Non enim audítores legis justí sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur.* (II. 13).

Oíd al mismo Jesucristo: No todos los que digan «Señor, Señor,» entrarán en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo: *Non omnis qui dicit mihi «Domine, Domine,» intrabit in regnum celorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum.* (Matth. VII. 21).

¿De qué servirá, hermanos míos, dice el apóstol Santiago, que alguno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarle la fe? *¿Quid proderit, fratres mei si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides calcare eum?* (II. 14). Si un hermano ó una hermana nuestra están desnudos y necesitan el alimento diario, ¿de qué les servirá que les digamos: Id en paz, calentaos y comed, y si no les damos lo que necesitan para ello? (Id. II. 15-16). Así tambien, si la fe no está unida á las obras, muere por sí misma: *Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa.* (Id. II. 17).

Tener fe sin obras es tener la fe de los demonios. Los demonios tambien creen y tiemblan, añade el apóstol Santiago: *Damones credunt, et contremiscunt.* (II. 19). Con las obras, el hombre queda justificado, y no con la fe sola: *Ex operibus justificatur homo, et non*

*ex fide tantum.* (Id. II. 24). Porque, así como el cuerpo sin el espíritu muere, así tambien es inerte la fe sin las obras: *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est.* (Id. II. 26).

El que cree en Dios, dice el Eclesiástico, obedece los preceptos: *Qui credit Deo, attendit mandatis.* (XXXII. 28).

No basta echar los cimientos de un edificio; es menester concluirlo. Así la fe, que es el fundamento de las virtudes, exige que las practiquemos.....

La muerte de la fe, dice S. Bernardo, es la separacion de la caridad. ¿Creeis en Jesucristo? Haced lo que hizo Jesucristo, para que viva vuestra fe. Anime el amor vuestra fe, y sean las obras la prueba de su existencia: *Mors fidei est separatio caritatis. ¿Credis in Christum? Fac Christi opera, ut vivat fides tua. Fidem tuam dilectio animet, actio probet.* (Serm. XXIV. in Cant.).

El alma que tiene fe, dice S. Jerónimo, es el verdadero templo de Jesucristo; adornad este templo, revestidle, ofreele presentes, recibid en él á Jesucristo: *Verum Christi templum anima creditis est: illam exorna, illam vesti, illi offer donaria, in illa Christum suscipe.* (Epist.).

Como la fe sin obras es una fe muerta, las obras están tambien muertas sin la fe, dice S. Cirilo. La fe sin obras es una lámpara sin aceite: *Sicut fides sine operibus mortua est; ita vicissim opera mortua sunt si desit vera fides. Fides sine operibus est quasi lampas sine oleo.* (Homil.).

¿De qué sirve, dice S. Cipriano, ser virtuoso en palabras, y criminal en acciones? El que cree en Jesucristo debe obedecerle, y no al mundo: *¿Quid juvat verbis virtutem astruere, si factis veritatem destruimus?* (Serm.).

Tenemos la señal de la salvacion, dice S. Gregorio, si añadimos obras á nuestra fe; porque el que practica lo que cree, es el que cree realmente: *Nos signati sumus, sed si fidem nostram operibus sequimur. Ille enim vere credit, qui exercet operando quod credit.* (Moral.).

La fe combate por medio de las obras, dice S. Agustín; y cuando la fe combate, no se vive segun la carne: *Fides pugnat, et quando fides pugnat, carnem nullus expugnat.* (Lib. de Morib.).

Israel creyó en la promesa del Señor, y entonces cantó sus alabanzas, dice el Salmista: *Crediderunt verbis ejus, et laudaverunt laudem ejus.* (CV. 12). Dadme á conocer el bien, Señor, inspiradme la sabiduría y la ciencia, porque yo he creído en vuestra palabra, añade el Salmista. (CXVIII). Así pues quiere unir á su fe el bien, la sabiduría y la ciencia; y estas son las obras de la fe. Sabremos que hemos conocido á Jesucristo si observamos sus mandamientos, dice el apóstol S. Juan: *Et in hoc scimus quoniam cognovimus eum, si mandata ejus observemus.* (I. II. 3). Pero es muy cierto que Jesucristo no se conoce sino por la fe, y no se tiene fe tal como Dios la pide, sino con la observancia de la ley de Dios..... Por esto dice S.

Agustín: No se engañe el alma creyendo conocer á Dios, si sólo lo confiesa con fe muerta, es decir, sin buenas obras: *Nequaquam meus fallatur, ut sese existimet Deum cognovisse, si cum fide mortua, hoc est, sine bonis operibus, confiteatur.* (Lib. de Morib.).

¿Qué es creer en Dios? pregunta S. Agustín. Es amarle creyendo, ir á su encuentro, é incorporarse á él creyendo. Tal es la fe que Dios exige de nosotros: *Quid est credere in eum? Credendo amare, credendo in eum ire, et ejus membris incorporari. Ipsa est ergo fides quam de nobis exigit Deus.* (Ut supra).

¿Cree el hombre que abandona la oracion? No; si creyese, oraría...  
¿Cree el blasfemo? No; porque está escrito: No jurarás en vano el nombre de Dios....

¿Cree el profanador del domingo? No; porque está también escrito: Acuérdate de santificar el día del Señor.... ¿Cree el impúdico? No; porque también dicen las santas Letras que jamás los impúdicos verán á Dios....

Los apóstoles, los mártires y los Santos de todos los siglos han creído con una fe viva; sus admirables obras, sus virtudes heroicas y sus ejemplos sublimes lo atestiguan....

Mejor para tener fe y creer en la fe.

1.º Hemos de orar. Oremos para que no desfallezca nuestra fe, dice S. Agustín: *Ut ipsa non deficiat fides, oremus.* (Lib. de Morib.). La oracion ferviente, añade, alcanza una fe inquebrantable: *Fusa oratio fidei impetrat firmitatem.* (Ut supra).

2.º La fe proviene de oír la palabra santa, dice S. Pablo á los romanos: *Fides ex auditu, auditus per verbum Christi.* (X. 17). La palabra de Dios es pues un poderoso medio para tener fe y practicarla....

3.º La fe nace con la humilde sumision á la autoridad. Cuando la fe es sana, dice S. Crisóstomo, no se busca, sino que se cree fielmente; porque no puede hallarse por medio de discusiones y disputas: *Cum vero illa (fides) sana est, non querit, sed fideliter credit, nam ex questione et contentione verborum inveniri nihil potest.* (In Epist. I. ad Tim.).

4.º La fe surge por sí misma en un corazón recto y puro; y por este camino se llega pronto á la plenitud de la fe....

## FELICIDAD.

El hombre desea irresistiblemente la felicidad, la quiere, la busca, y trabaja por poseerla. Creado el hombre á imagen de Dios, y destinado á gozar de él durante toda la eternidad, tiene una capacidad y un deseo como infinitos de dicha que ninguna cosa creada puede satisfacer.

Deseo de la felicidad.

Siete cosas, que no se hallan en la tierra, son indispensables para constituir la felicidad, dice el venerable Beda: una vida no seguida de la muerte, una juventud que no venga á marchitar la vejez, una luz inalterable, una alegría sin mezcla de tristeza, una paz que no esté nunca seguida de turbacion, una voluntad que no experimente obstáculos, y un reino que no podamos perder. (*Opusc.*). La posesion de estas siete cosas constituye la verdadera felicidad; y como ninguna de ellas puede hallarse en la tierra, no debemos por consiguiente buscar aquí la felicidad....

La felicidad no está en la tierra.

Si la felicidad fuese un bien de la tierra, la hallaríamos principalmente en las riquezas, los honores y los placeres. Pero todo es vacío y engaño en esas tres cosas, que no pueden satisfacer el corazón del hombre y sus inmensos deseos. Por otra parte, destinados todos los hombres á la felicidad, ésta debe hallarse á su alcance, y es bien sabido que todos no tienen riquezas, honores y placeres.

¿Está la felicidad en las riquezas? El trabajo que cuesta adquirirlas, los cuidados y las vigilijs que se necesitan para conservarlas, el deseo de aumentarlas, las decepciones que arrastran consigo, los pesares que causan, y el temor de perderlas, prueban que la felicidad no está en las riquezas....

¿Podremos hallarla en los honores? Los honores no son más que humo; los que los poseen, se ven obligados á exclamar con Salomón: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* Vanidad de vanidades, todo es vanidad. (*Ecles. 1. 2*). Los honores son una dura esclavitud, un fardo pesado, una brillante servidumbre.... Ved al soberano Pontífice... ved á los Reyes....

¿Estará la felicidad en los placeres? Preguntádselo al pródigo, al voluptuoso.... ¡Cuántas decepciones, cuántos pesares, amarguras, remordimientos, enfermedades y disgustos! Y ¿qué duran los placeres de la tierra? ¿No se escapan á medida que los perseguimos?.... El corazón ménos contento y ménos feliz es el que los busca con más ardor....

Todas las felicidades del siglo se parecen á los sueños que tenemos mientras dormimos. El que cuenta sus tesoros en un sueño, se cree rico; pero al despertar, ve su pobreza: así sucede con los



hombres que se alegran de las cosas de la tierra. Si no se despiertan ahora que el despertar les sería útil, algún día se despertarán á pesar suyo. Despiertan pues, dormidos del siglo, sacudid el engañoso letargo que se ha apoderado de vosotros, abandonad el sueño que os seduce. (Serm.).

Únicamente es feliz el sabio, porque nada desea; pues el que codicia algo no tiene bastante, y por consiguiente no es dichoso.....

En la region de la muerte, dice S. Agustín, no hallamos más que trabajos, dolor, temores, tribulacion, gemidos y suspiros: *In regione mortuorum labor, dolor, timor, tribulatio, gemitus, suspirium.* (Civít.). La felicidad no está pues allí; allí no hallamos más que la ausencia de la dicha.....

¿Qué es la vida actual? Es un vapor que se desvanece, dice el apóstol Santiago: *Quæ est vita vestra? Vapor est ad modicum patrens.* (IV. 13). La vida es un vapor, un soplo, un humo, una gota de rocío, una corta tempestad.....

Escuchemos á S. Gregorio: La vida de la tierra es laboriosa; es más vana que las fábulas, y más viva que un corcel; descansa en la instabilidad, se apoya en las debilidades, y no tiene ninguna fuerza de resistencia. Es una continuacion de resoluciones inconstantes, de agitaciones interminables, y de trabajos sin descanso. ¿Quién es el que no se halla desgarrado por el dolor, atormentado por los cuidados, y perseguido por los temores? La tristeza acompaña la alegría; una saciedad penosa y sin encantos sucede al hambre, y el hambre viene detrás de la saciedad. Durante la noche deseamos el día; durante el día suspiramos por la noche: si hace frío, quisiéramos calor, y si hace calor, pedimos frío. Tenemos apetito y deseos ántes del alimento, y después turbacion, malestar y pesadez. Una multitud de pasiones tiránicas agitan á los hombres. (Moral.).

Los ciegos han dicho: ¡Feliz el pueblo que goza de los bienes del mundo! ¡Feliz tan sólo el pueblo cuyo Señor es Dios, dice el Salmista: *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt: beatus populus cuius cujus Dominus Deus ejus!* (CXLIII. 15).

Escuchad á Salomon en el libro del Eclesiastés: He levantado, dice, obras magnificas, he construido para mi palacios, y he plantado viñas. He trazado jardines y verjeles, y los he llenado de toda clase de árboles. He practicado receptáculos para regar la selva de mis plantas. He tenido criados y criadas y una numerosa familia, y rebaños de bueyes y de ovejas, más que todos los que me han precedido en Jerusalem; he amontonado plata y oro, la renta de los reyes y de las provincias; he tenido músicos y músicas, y lo que constituye las delicias de los hombres, copas y vasos para derramar vino. Mis riquezas han sido superiores á todas las de los que me han precedido, y he dado á mis ojos todo lo que han deseado, y no he impedido que mi corazón saborease los deleites y se complaciese en todo lo que yo habia preparado, creyendo que mi suerte era disfrutar del fruto de mis sudores; y cuando he vuelto mi vista

hacia las obras de mis manos, hacia los trabajos en que me habia cansado vanamente, no he visto en todo más que vanidad, allicion de espíritu, y no he hallado nada estable bajo el sol. (II. 4-11).

Y yo tambien, dice en otra parte el mismo principe, soy hombre, mortal como todos, y de la raza de aquel que nació el primero de la tierra. En mi nacimiento, he respirado el aire comun á todos, he sido depositado en una tierra en la que debia hallar iguales dolores; y como sucede á todos los niños, mis primeros acentos han sido llantos. (Sap. VII. 1-3). El niño, dice S. Agustín, presiente, y sin saberlo profetiza las mil tribulaciones que le esperan, llorando desde luego: *Infans præsentit, quasi nesciens propheta, mille vitæ ærummas sibi subeundas, quas deplorat.* (Serm.).

El mundo llama y amamanta para envenenar y matar, dice S. Bernardo: *Mundus vocat et lactat, ut inficiat et interficiat.* (Epist.).

Todos los bienes de este mundo no tienen más que apariencia, y no realidad; los codiciamos, y no satisfacen; son el entretenimiento de los ojos, y no el alimento del alma.....

¡Maldito sea el hombre que confia en el hombre, dice Jeremías, y se apoya en un brazo de carne, alejándose su corazón del Eterno! *Maledictus qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum; et ð Domino recedit cor ejus.* (XVII. 5).

El reposo no está en la tierra, donde lo buscáis, dice S. Agustín. Buscad lo que deseais; pero buscadlo al ménos dónde podáis hallarlo. ¿Buscáis la vida dichosa en la region de la muerte? No está aquí. ¡Desgraciada el alma audaz que apartándose de vos, Señor, espera hallar otra cosa mejor! Mirad, y volved á miraros á la espalda, al lado, al pecho; y vuestro lecho, cualquiera que sea, será duro. Sólo vos, Señor, sois el verdadero reposo y la verdadera dicha (1).

Lo habeis querido, Señor, y así sucede: todo afecto desordenado es su propio castigo, añade en otra parte el mismo Padre: *Jussisti, Dominus, et sic est, ut pena sibi sit omnis inordinatus affectus.* (Lib. Conf.).

Hecha el alma razonable á imagen de Dios, dice S. Bernardo, puede ocuparse de cosas diferentes de Dios; pero éstas no pueden satisfacerle (2).

El hombre busca su dicha en las pasiones; pero seguir las pecar, y la dicha no se halla en el pecado..... La tribulacion y las angustias, dice S. Pablo, son la dote de toda alma que obra mal: *Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum.* (Rom. II. 3).

Las pasiones son hiel en una gota de miel, y cuanto más crecen, más desolaciones, pesares y tormentos proporcionan.....

(1) Non est requies ubi queritis eam. Querite quod queritis, sed ibi non est ubi queritis. Beatiæ vitam queritis in regione mortis: non est illic. Væ animas audaces, quæ speravit, si ð recesserit, se aliquid melius habituram. Versa et reversa in regionem, et in locum, et in ventrem, et dure sunt omnia. Et tu solus requies es, Domine. Lib. IV. Conf. c. XII.

(2) Ad imaginem Dei facta anima rationalis, cæteri omnibus occurrere potest, repleri non potest. Serm. in illud: Ecce reliquitus ovis.

Los pecadores, dice el Salmista, giran al rededor de la felicidad, y no la encuentran. (Mt. 9). Se aficionan á las cosas vanas, variables y caducas. Esta afeccion les arroja en una agitacion continua que les hace desgraciados.... Las santas alegrías huyen del hombre ocupado con los deseos de la tierra, dice S. Bernardo: *Preoccupatum secularibus desideriis animum delectatio sancta declinat.* (In Evang.).

El alma corrompida morirá de hambre, dicen los Proverbios: *Anima dissoluta esuriat.* (XIX. 15).

Adan trata de aumentar su dicha con el pecado, y pierde la que tenia. ¿En dónde estás, Adan? le pregunta el Señor: *Adan ubi es?* (Gen. III. 9). Te habia colocado en un lugar delicioso, y te encuentro en un estado muy diferente de aquel en que te hallabas. Te habia revestido de gloria, andabas ante mí con honor y alegría; y ahora te veo desnudo y tratando de ocultarte. ¿Qué es esto? ¿Quién te ha causado semejante desgracia? ¿Quién es el ladrón que te ha despojado de tantas hermosas y buenas cualidades, y te ha reducido á tanta pobreza? ¿Cuál es el principio del sentimiento de desnudez y de confusion que experimentas? ¿Por qué huyes? ¿por qué te avergüenzas? ¿por qué te ocultas? ¿por qué tiembas? ¿Te acusa alguien? ¿Hay testigos que te aniquilen con sus declaraciones? ¿De dónde te viene tanto temor? ¿En dónde están ahora las magníficas promesas de la serpiente? ¿Dónde está tu antigua tranquilidad de ánimo? ¿dónde tu seguridad primera? ¿Qué ha sido de tu confianza de otro tiempo? ¿Qué has hecho de la paz de tu conciencia? ¿A dónde han ido los grandes bienes que poseías? ¿Quién te ha arrebatado el amor filial, manantial para tí de tanta dicha? Tu temor y tu vergüenza son las pruebas de tu falta, y las tinieblas que buscas indican que has pecado. ¿En dónde estás, Adan? *Adan, ubi es?* No trato de inquirir en qué sitio estás, sino en qué estado te hallas. ¿A qué estado te ha conducido tu desobediencia? ¿Huyes de tu Dios, á quien antes buscabas!..

En dónde hallaremos la felicidad?

1.º La felicidad se halla dónde Jesucristo la coloca. Escuchad pues á Jesucristo: Bienaventurados los pobres de espíritu (es decir, los corazones sencillos, rectos y humildes), porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los que son mansos, porque poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos (1).

(1) *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum. Matth. v. 3. Beati milles, quoniam ipsi possidebunt terram. v. 4. Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. v. 5. Beati qui esurunt et sibi iustitiam, quoniam ipsi saturabuntur. v. 6. Beati misericordiosi, quoniam ipsi misericordiam consequentur. v. 7. Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. v. 8. Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. v. 9. Beati qui persecutionem patientur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum. v. 10. Chap. 5.*

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* (Luc. XI. 28).

En esto hace consistir Jesucristo la felicidad. El mundo la hace consistir en otras cosas: la hace consistir en las riquezas, en los placeres y en los honores. Pero, dice S. Bernardo, ó Jesucristo ó el mundo se engañan: *Aut Christus fallitur, aut mundus errat.* (Serm. in Evang.).

La divina Sabiduría no puede sin embargo engañarse: así pues el mundo se engaña; así pues todos los que aman y sirven al mundo, y todos los que buscan sus vanidades, son ilusos y ciegos, á tenor de aquellas palabras del Salmista: Siempre viven éstos en el error: *Semper hi errant corde.* (XCIV. 10). Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, enseña con palabras y ejemplos cuál es la verdadera dicha, y cuál la desgracia de los que se encuentran en uno y otro caso, y lo que hemos de huir, y lo que hemos de practicar para obtener la vida eterna, es decir, la dicha.

Quiera Dios que todos los cristianos pesen atentamente como deben, y experimenten en sus corazones y expresen con sus costumbres la gran verdad de que ceder á las pasiones inflama la concupiscencia, y abrazar la cruz la apaga.

Los apóstoles hallaban la felicidad allí donde su divino Maestro se la indicaba. Practicando las lecciones del sermón en la montaña, pasaron su vida en la obediencia de Jesucristo.

2.º ¿Dónde está la felicidad? En el desprecio de las riquezas, de los honores y de los placeres del mundo; en la aceptación de la pobreza, de la oscuridad y de la muerte.

La verdadera felicidad, dice S. Eucher, consiste en despreciar la felicidad del siglo, en dejar á un lado las cosas de la tierra, no ocupándose más que de las de Dios: *Vera beatitudo est seculi beatitudinem spernere, neglectisque terrenis, in divina flagrare.* (Epist. ad Valerianum).

3.º ¿En dónde está la felicidad? En las aficciones y cruces. Cuanto más suframos por Jesucristo, más dichosos seremos. El mismo S. Pablo lo asegura: Rebose de alegría en todas mis tribulaciones, dice: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 13).

No quiera Dios, escribió á los Gálatas, que me glorie más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo se ha sacrificado para mí, y yo me he sacrificado por el mundo: *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* (Gal. VI. 14).

Sra. Teresa decía: Sufrir, ó morir: *Aut pati, aut mori.* (In ejus vita). Nadie es más dichoso, dice Salvio, que los que con su propia ciencia y voluntad abrazan las cruces. Los religiosos son humildes, pero quieren serlo; son pobres, pero se alegran de su pobreza; rechazan la ambicion, pisotean los honores; son despreciados, pero por su voluntad lloran, pero son amantes de las lágrimas; sufren, pero ansian los sufrimientos. (*De gubernat. Dei.*)

Cuando estoy débil y enfermo, dice el gran apóstol, me hallo entonces fuerte: *Cum infirmor, tunc potens sum.* (II. Cor. XII. 10).

Sucedá lo que quiera á los que son verdaderamente piadosos, debemos llamarlos felices; porque, si sufren pruebas, hallan su dicha en ellas, y las aceptan, y las quieren. (*Salvian., de gubernat. Dei.*)

Bastante consuelo es, exclamaba S. Francisco Javier en medio de las fatigas y de las cruces, bastante consuelo es, Señor: *Satis, est Domine, satis est.* (In ejus vita).

¡O poder de las lágrimas! exclama S. Efrén, ellas son el remedio de los pecadores, y con ellas los desgraciados son felices. Las lágrimas lavan el alma, y la purifican; apagan la voluptuosidad, y perfeccionan las virtudes. (*Serm.*).

4.º ¿Dónde está la dicha? En la observancia de la ley de Dios. Feliz el hombre, dice el Salmista, que ama la ley del Señor y la medita noche y día: *Beatus vir qui in lege Domini meditabitur die ac nocte!* (I. 1-2).

Nada es más dulce que observar los mandamientos del Señor, dice el Eclesiástico: *Nihil dulcius quam respicere in mandatis Domini.* (XXIII. 37).

¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la practican, dice Jesucristo! (*Luc. XI. 28.*)

La ley de Dios es justa, dulce y perfecta; nos enseña el camino de la dicha, y conduce á la bienandanza suprema.

5.º ¿Dónde está la felicidad? En el temor de Dios. Feliz el hombre que teme al Señor; tendrá placer en cumplir su ley, dice el Real Profeta: *Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis ejus volet nimis.* (CXI. 1). Felices los que temen al Señor: *Beati omnes qui timeant Dominum.* (Psal. CXXVII. 1).

No tengas miedo, hijo mío, dice el santo varón Tobías; es verdad que tenemos una vida pobre; pero tendremos grandes riquezas si tememos al Señor: *Nolite timere, fili mi; pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum.* (IV. 23).

6.º ¿Dónde está la felicidad? En la victoria conseguida sobre nuestras inclinaciones. Haber vencido el deleite, dice S. Cipriano, es el supremo deleite: *Voluptatem vicisse, voluptas est maxima.* (De disciplina et bono pudicitiae). Bienaventurados los corazones puros, porque verán á Dios, dice Jesucristo. (*Matth. V. 8.*)

7.º ¿Dónde está la felicidad? En la virtud. Gloria, honor y paz al que obra bien, dice S. Pablo: *Gloria, et honor, et pax omni operanti bonum.* (Rom. II. 10).

8.º ¿Dónde está la felicidad? En la paz de la conciencia. Nuestra gloria, dice S. Pablo, es la manifestación de nuestra conciencia; nos dice que hemos vivido en este mundo, y entre vosotros con sencillez de corazón y sinceridad de Dios; no según la sabiduría de la carne, sino según la gracia de Dios. (II. Cor. I. 12).

Nadie es desgraciado porque los demás lo crean así, dice Salvio; pero desgraciado es el que tiene una mala conciencia, y muy dichoso es el que la tiene recta y pura. (*De gubernat. Dei.*)

El mismo S. Agustín nos dice: Pensad de Agustín cuánto queráis; yo deseo únicamente para ser feliz que mi conciencia no me acuse ante Dios: *Senti de Augustino quidquid libet; sola me in oculis Dei conscientia non accuset.* (Epist. ad Secundianum).

La buena conciencia es un festín continuo, dicen los Proverbios: *Secura mens quasi juge convivium.* (XV. 15).

¿Qué cosa más preciosa, decía S. Bernardo al papa Eugenio, qué cosa más consoladora y más grata en la tierra que una buena conciencia? No podemos perderla como los demás bienes de este mundo; no teme, ni las afrentas, ni los tormentos del cuerpo; se alegra de la muerte en vez de afligirse por ella. (*De Consid.*).

¿Queréis no estar nunca tristes? dice en otra parte aquel gran Santo. Vivid cristianamente; una vida santa es inseparable de la verdadera dicha. La conciencia culpable está siempre atormentada (1). Si obras bien, dijo el Señor á Cain, ¿no recibirás por ello tu salario? Si obras mal, ¿no aparecerá de repente tu pecado en el dintel de tu puerta? (*Gen. IV. 7.*)

Lo que hace la vida feliz, dice S. Ambrosio, es la tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia (2). Nada proporciona una dicha igual á la tranquilidad de la conciencia, dice S. Agustín (3).

9.º ¿Dónde está la felicidad? En la gracia de Dios. La alegría del espíritu y la verdadera dicha consisten en la posesión de la gracia santificante. Hallarnos en estado de gracia es ser amigos é hijos queridos de Dios. ¿Hubo nunca en la tierra felicidad semejante?...

10. ¿Dónde está la felicidad? Oigamos lo que dice Tertuliano: ¿Qué dicha mayor puede hallarse que reconciliarnos con Dios, conocer la verdad, experimentar repugnancia hácia el error, y saber que nuestros pecados están perdonados? ¿Existe un principio de felicidad más fecundo que despreciar los deleites y todo lo que pertenece al mundo, tener la verdadera libertad y una conciencia sin remordimientos, llevar una vida exenta de codicia, estar preparados á la muerte, vencer al infierno y vivir por Dios? Hé aquí la dicha, hé aquí los placeres de los buenos cristianos; son santos, continuos y gratuitos. (*De Spectac., c. XXVIII.*)

¿Quién es el hombre que quiere la vida y suspira por días dichosos? pregunta el Real Profeta. Aléjese del mal, y practique el bien; busque la paz, y persigala sin descanso: *Quis est homo qui vult vitam, diligit dies videre bonos? Diverte á malo, et fac bonum; inquire pacem, et persequere eam.* (XXXIII. 13-15).

El que quiera ser feliz, dice Lactancio, debe escuchar la voz de Dios, buscar la justicia, despreciar las cosas humanas, y ocuparse de las divinas. (*Institut. divin. lib. VI.*)

(1) *Vis nunquam esse tristis? Bene vive: bona vita semper gaudium habet; conscientia rei semper in peccato est. In Pauc.*

(2) *Vitam beatam efficiunt tranquillitas conscientie, et securitas innocentie. Lib. II. Offic. c. 1.*

(3) *Tranquillitate conscientie nihil excogitari potest beatus. Lib. XXI. de Civit.*

11. ¿Dónde está la felicidad? Está exclusivamente en el conocimiento, el amor y el servicio de Dios.

Dios, dice S. Agustín, se contenta con vosotros, le bastais; básteos también a vosotros Dios: *Sufficit tu Deo; sufficit tibi Deus tuus.* (Lib. I. de Trinit., c. VIII). Nos habeis hecho para vos, Señor, y nuestro corazón estará siempre inquieto y agitado hasta que descanse en vos, prosigue aquel gran Doctor: *Ecce nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Lib. I. Confess., c. I). ¿Amais las riquezas? prosigue. Dios será vuestro bien. ¿Amais los manantiales de agua pura? ¡Qué cosa más limpia y pura que esta sabiduría infinita! Todo lo que puede ser amado en la tierra, debe ayudarnos á amar al que es Criador de todas las cosas. (In Psal., LXXI).

La verdadera dicha, dice S. Bernardo, es la que viene del Criador, y no de la criatura; y nadie puede arrebatárnosla cuando la poseemos. Es una alegría en comparación de la cual toda otra alegría no es más que tristeza todo placer sufrimiento, toda dulzura amargura, toda hermosura fealdad, y en fin, todo lo que puede alegrar de algun modo, pena y angustia (1).

Si deseamos poseer la dicha en la tierra, dice S. Agustín, es menester que poseamos á Dios, que es dueño de todo y todo lo ha criado; y tendremos en él todo lo que podemos desear relativamente á alegría y pureza. Pero, como nadie posee á Dios si el mismo Dios no le posee, seamos el bien de Dios, y él será el nuestro. ¿Qué mayor dicha que poseer á Dios? En él hallamos todos los bienes, puesto que en él y por él vivimos. ¿Qué puede bastar, pregunto, á aquel á quien Dios no basta? ¿A qué buscar en otra parte la dicha, puesto que Dios es la felicidad suprema? (In Monit. Psal.).

El amor transforma al que ama en objeto amado; porque el alma vive más bien en aquel que ama que en el cuerpo que anima. El amor de Dios produce seis frutos que dan la verdadera dicha: 1.º ilumina la inteligencia...; 2.º inflama el corazón...; 3.º embriaga de delicias...; 4.º inspirar un ardiente deseo de poseer á Dios...; 5.º sacia el alma...; 6.º proporciona el arrobamiento, y eleva admirablemente al hombre hacia Dios..... Este es el paraíso en el cual podemos entrar, aun cuando nos hallemos todo el día en la tierra.

Jamás se experimenta ningún pesar por conocer, amar y servir á Dios; se encuentra, por lo contrario, una felicidad indecible que va progresivamente en aumento á medida que llenamos este deber tan dulce y ventajoso. Pero en el conocimiento, el servicio y el amor del mundo ó en el amor propio, todo es amargura y remordimientos, y cuanto más nos entregamos al mundo, más nos complacemos en nosotros mismos y más desgraciados somos.

(1) Illud verum et solum est gaudium, quod non de creatura, sed de Creatore concipitur, et non, cum possideris, nemo tollit á te. Cui comparata omnis aliunde iocunditas, nunc est, omnis stultitia, dolor est; omne dulce, amarum; omne decorum, fodum; omne, postremo, quodcumque aliud delectare possit, molestum. Epist. CXXV.

Habeis sido colmados de todas las riquezas en Jesucristo, de suerte que no os falta ningún don, dice el Apóstol de las Gentes: *In omnibus divites facti estis in illo; ita ut nihil vobis desit in ulla gratia.* (I. Cor. I. 5-7). Alegraos una y otra vez en el Señor, dijo á los Filipenses; os lo repito, alegraos: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete.* (IV. 4). Alegraos, dice S. Anselmo, no en el siglo, sino en el Señor; porque así como nadie puede servir á dos amos, nadie puede tampoco alegrarse en uno y otro. La alegría según el mundo y la alegría según Dios están opuestas. Esta es verdadera y completa; aquella es engañosa y vacía. (Lib. de simil.).

Alegraos, dice S. Bernardo, porque de la mano izquierda de Dios habeis recibido dones, y de su derecha recibiréis recompensas. Su mano izquierda sostiene, y su mano derecha acoge. Aquella cura y justifica, ésta abraza y beatifica. En la una están los remedios y los méritos; en la otra las coronas y las delicias. (Serm. in Psal.).

Toda abundancia que no provenga de mi Dios, es hambre, dice S. Agustín; nada llena tanto el alma hecha á imagen de Dios como vos, ¡ó Dios mío! (Soliloq., c. XIII). La vida bienaventurada, añade aquel ilustre Padre, es el conocimiento de la Divinidad, el mérito de las buenas obras; y el mérito de las buenas obras conduce á la felicidad eterna. (Serm. CXII. de Temp.). El hombre es feliz procurándose la dicha que no se desvaneca, es decir, procurándose á Dios. El es la felicidad eterna; por Él adquiere el hombre la vida que siempre dura, adquiere la sabiduría perfecta, y recibe la luz imperecedera. (Serm. XXXVIII).

Léjos de mí, Señor, dice en otra parte, léjos del corazón de nuestro sirviente creerme feliz, cualquiera que sea la dicha que pueda experimentar léjos de vos. Sólo en vos está la felicidad verdadera, que no llegan á alcanzar los culpables, sino los que os siguen con fidelidad. La vida dichosa es alegrarnos junto á vos, alegrarnos de vos y por vos; no hay otra: *Ipsa est beata vita gaudere á te, de te et propter te; ipsa est, et non est altera.* (Soliloq.). Cuando me una á vos con todas mis fuerzas, Señor, no tendré ni dolores ni trabajos; llena de vos, mi vida será realmente viva; pero ahora que no llenais mi corazón, soy una carga para mí mismo: *Cum inhæreré tibi ex omni me, nusquam erit mihi dolor aut labor; vita erit vita mea plena te; nunc autem, quoniam plenus tui non sum, oneri mihi sum.* (Soliloq.).

Sigamos citando á S. Agustín. Nada, dice, es comparable al conocimiento de Dios, porque nada puede hacernos tan felices, y este conocimiento es en sí mismo la verdadera felicidad. Hé aquí por qué el Salvador dijo á su Padre: La vida eterna consiste en conoceros á vos, que sois el único Dios verdadero, y á Jesucristo á quien habeis enviado: *Hec est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem missisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3.—Serm. CXII. de Temp.).

El Señor, dice el Rey Profeta, es la dote de mi herencia y la co-

pa que me está reservada. Vos sois, ó Dios mío, quien me devolverá el patrimonio que abandono en la tierra: *Dominus pars hereditatis mee et calicis mei; tu es qui restitues hereditatem meam mihi*. (XV. 5). El cordel ha medido la parte que me toca de estos encantadores lugares, y resulta que mi herencia es magnífica: *Punex ceciderunt mihi in præclaris, etenim hereditas mea præclara est mihi*. (XV. 6). El Señor es mi guía, y nada me faltará; me ha llevado á unos lugares de abundancia (1). Probad y ved qué dulce es el Señor: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus*. (XXXIII. 8).

Los ricos han sufrido pobreza y hambre, y los que buscan al Señor tendrán todos los bienes con abundancia (2). ¡Feliz el que hace estribar su esperanza en el Señor y no ha vuelto sus miradas á las vanidades y locuras engañosas! (3). Toda mi dicha consiste en unirme á Dios: *Mihi adhaerere Deo bonum est*. (LXXII. 28). Mi alma ha rehusado todo consuelo; me he acordado del Señor, y mi corazón se ha inundado de delicias (4). Alégrese el corazón de los que buscan al Señor: *Letetur cor quærentium Dominum*. (CIV. 3).

Ninguna de las cosas creadas puede dar la dicha y acallar los inmensos deseos del hombre. La saciedad y la verdadera dicha sólo se hallan en Dios, que es infinito.

Oigamos á S. Lorenzo Justiniano cuando habla del divino matrimonio del Verbo eterno con el alma fiel: Allí, dice, se celebra un continuo festín, allí se come verdaderamente el becerro gordo; allí se halla la paz interior, la tranquilidad que nada teme, la felicidad duradera, las grandes delicias, la fe serena, la sociedad amable, los abrazos que unen, la felicidad de la contemplacion, y la dulzura en el Espíritu Santo. Allí se abre la puerta del cielo, la entrada del paraíso (5).

Guardaos, dice Eusebio, guardaos de creer que la felicidad os espera en este mundo, que es una especie de circo donde se nos ha enviado para combatir. Nos disponemos en él para la dicha; pero no nos es posible saborearla. No busqueis en él lo que ningún Santo, ningún confesor, que haya terminado su tarea ha obtenido. No busqueis aquí lo que no ha hallado Jesucristo. Si el mundo invierte paz, los mártires no tendrían gloria (6).

El Señor, dice la Sabiduría, conduce al justo por caminos rectos,

(1) Dominus regit me, et nihil mihi deerit; in loco pascuæ ibi me collocavit. XXII. 1-3.

(2) Divites ægerunt et esurierunt; inquietos autem Dominum non minuentur omni bono. XXXIII. 10.

(3) Beatus vir cuius est nomen Domini spes ejus, et non respexit in vanitates et insensibiles falsas. XXXIX. 1.

(4) Resisti consolari anima mea; memori fui Dei, et delectatus sum. LXXII. 3-4.

(5) Ibi juxta celebratur convivium, et vitulus sæpissime coneditur signatus. Pax in illo gustatur interna, securus tranquillitas, tranquilla felicitas, juvenitas magna, fides serena, amabilis societas, oscula unitatis, contemplationis delectatio, suavitas in Spiritu Sancto. Ibi cæli janua est, et paradisi porta. *Lib. de Ligno vitæ.*

(6) Cavista, ne in arena manui, in qua ad subvendas agones missi sumus, aliquam felicitatem expectandum putatis. Beatus hic parari potest, non potest acquiri. Non hic queratur quod hic nullus Sanctorum consummat, vel consummato labore, nullus confessor obtinuit. Non hic queratur quod hic nec Christus invenit. Si mundus pacem haberet gloriam martyres non haberet. *In Chronis.*

le enseña cuál es su reino, le da la ciencia de los Santos, hace prosperar su trabajo, y bendice sus obras (1).

Señor, exclama la Sabiduría, qué bueno y dulce es vuestro espíritu en todas las cosas: *Quam bonus et suavis est, Dominus spiritus tuus in omnibus!* (XII. 4).

Es muy justo, Señor dice S. Agustín, que el que busca la felicidad fuera de vos os pierda. Yo os pido que todo sea para mí amargura, para que vos sólo seais dulce á mi alma, vos que sois inestimable dulzura y dulcificais todas las amarguras (2).

Dice el Génesis (XXXIX. 2) que hallándose el Señor con José en Egipto, este Patriarca prosperaba en todo: *Fuitque Dominus cum eo; et erat vir in cunctis prospere agens.*

Leemos en el libro de los Reyes (VII. 2) que habiendo todo Israel buscado al Señor descansó en él: *Requievit omnis domus Israel post Dominum*. Aprended de ahí que no hay verdadero reposo, verdadera felicidad y prosperidad más que en Dios, en su servicio y amor. Sólo Dios da la paz de la conciencia, la paz con el prójimo, la paz con los enemigos, la paz en medio de las tentaciones, la paz con uno mismo. Apliquémonos á descansar en Dios, puesto que el sólo es el fin hácia el que debemos dirigir sin cesar nuestras miras: El sólo es la verdadera felicidad; unámonos á El por la fe, la sabiduría y todas las virtudes.

San Bernardo pone en boca de Jesucristo las siguientes palabras: Os saciaré con un alimento misterioso, llenaré vuestros deseos, aplacaré vuestra sed, os daré reposo, y no desearéis ya nada; porque en mí están los pastos de la vida, en mí se halla la dulce y verdadera saciedad. (*Serm. in Cant.*)

Aquel cuya alegría es Jesucristo, dice S. Agustín, no puede verse privado de la felicidad que goza; porque esta alegría, que es alimentada de un bien eterno, no cesa nunca (3). Toda la vida, del justo, dice Clemente de Alejandría, es una fiesta perpétua y santa (4). ¿Qué hemos de temer del siglo, teniendo á Dios por protector en la tierra? dice S. Cipriano (5).

Animo pues, alma cristiana; únete sólo á Dios, siéntate en su mesa. El será tu asiduo convidado, y El llegará á constituirse en tu festín. Repite con la esposa de los Cantares: El amado mio me pertenece y yo soy suya: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. (II. 16).

La suprema felicidad del hombre consiste en que Dios reine en él, y él mismo descansa en Dios. Porque, 1.º Dios es un Rey muy justo y bueno que manda con suprema dulzura, y es muy diferente de

(1) Justum deduxit per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam Sanctorum; hausitque illum in laboribus, et complevit labores illos. X. 16.

(2) Justum est ut amittat te, quicumque in aliquo illo megre consolari cogit quam in te. Peto, ut omnia mihi amarescant, ut tu solus dulcis amarus dilectorum. *Lib. Confess.*

(3) Non potest quisquam frontali delectationibus suis, cui Christus est gaudium; alterna enim exultatio est, que bono factum æterno. *In Sentent. LXV.*

(4) Quærens viam justæ est quidem celeberrimæ ac sanctus dies festus. *Lib. IV. Strom.*

(5) Quia et de seculo metus est, cui in seculo Deus tutor est. *Epist.*

los tiranos, como el mundo, el demonio y la carne; pues éstos mandan con imperio é insolencia cosas inicuas y muy penosas..... 2.º El reino de Dios consiste en la gracia y en las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad, etc.; preciosos dones que Dios comunica al alma para que alcance por su medio el supremo bien. Dios gobierna el alma revelándose a ella é inspirándole el deseo de unirse á El, de amarle y de servirle. ¿Qué cosa mejor y más feliz que conocer la verdad infinita, amar la bondad infinita, y servir y adorar la majestad infinita? 3.º Dios estableció su reinado, no por su propio interés, sino para utilidad del alma que gobierna, y con la mira de una utilidad incomparable, que es hacerla vivir en la piedad, la santidad, las virtudes y la gracia, y hacerle merecer el reino y la gloria celestiales, donde poseerá á Dios y todos sus bienes durante la eternidad..... 4.º El reino de Dios no hace esclavos á sus súbditos, no les envilece, sino que ántes bien los mantiene libres y los ennoblece, y áun los convierte en reyes, segun aquellas palabras del Apocalipsis: *Fecisti nos Deo nostro regnare et sacerdotes, et regnabimus super terram: Nos habéis hecho dueños y sacerdotes de Dios, y reinaremos en la tierra. (F. 10)*. Reinaremos en la tierra, es decir, dominaremos nuestro cuerpo, las pasiones, el mundo, el infierno y la tierra de los vivos. ¿No es rey el que por gracia de Dios domina sus deseos é inclinaciones? ¿No es rey el que refrena y encadena el orgullo con la humildad, la avaricia con la liberalidad, la ira con la clemencia y la dulzura, la gula con la sobriedad, la lujuria con la castidad, y la carne con el espíritu? ¿No es rey aquel cuya razon, cuya prudencia y continencia domina sábia y victoriosamente la memoria, la voluntad, la concupiscencia y la inclinacion á la ira, los ojos, los oídos, la lengua, la boca, los piés, las manos, y en una palabra, todo su sér?

Por esto nos manda Jesucristo orar y decir cada dia: *Adveniat regnum tuum: Venga á nos el tu reino. (Matth. VI. 10)*.

Perfectamente dice S. Cipriano: Quien ha renunciado al siglo, está por encima de los honores y del poder de la tierra; y por esto quien se da á Dios y á Jesucristo, desea, no las coronas de la tierra, sino la diadema celestial, y áun más, suspira por la posesion de Dios, en quien debemos reinar (1).

San Ambrosio dice: Reinando Dios en nosotros, no puede nuestro adversario tener lugar que le pertenezca; no es el mal ni el pecado los que reinan, sino la virtud, la pureza y la piedad (2). Esta es la verdadera dicha.

Sed pues, ó Señor, nuestro Dios, sed nuestro rey, nuestro legislador; reinad sobre nosotros; os ofrecemos nuestra alma y todas

(1) Qui renuntiavit jam seculo, major est et honoribus ejus et regno; et ideo, qui se Deo dedit, non terram, sed celestia regna desiderat, imo Deum ipsum, quia in illo regnare sumus. *Serm. de Crat. Dion.*

(2) Si Deus in nobis regnat, locum habere adversarius non potest. Culpa non regnat, peccatum non regnat, sed regnat virtus, regnat pudicitia, regnat devotio. *Serm. VII.*

sus potencias, sus cualidades, su grandeza; no podemos regirla nosotros mismos, y no queremos que el infierno, el mundo, la carne, los tiranos la gobiernen. Vos, que nos habéis criado y rescatado con vuestra sangre, regidnos como á propiedad vuestra, como á vuestro reino. Sólo, gobernaréis con sabiduría, clemencia é imperio para ventaja y felicidad nuestra. Sólo en Dios está el verdadero bien, el bien infinito, la hermosura, la riqueza, la dulzura, el reposo, el consuelo, todos los tesoros y dignidades, la majestad, la gloria y la sabiduría, la vida y la felicidad. Vos sois, ó Dios mio, el océano infinito del sér, la bondad y la dicha sin limites. Desde la eternidad toda verdad y todo bien se halla en vos. Sois el principio y el fin de la creacion, el autor de todas las cosas, el conservador y la providencia del mundo; estais en todos los lugares, y existis en todos los tiempos; sois la duracion, la regla, el lazo, el término. Sólo en vos está la felicidad de los ángeles, de los hombres y de todas las criaturas. Dios mio, mi amor y mi todo, haced que me sumerja en vos. O eterno é inmenso océano, rodéme vuestra providencia, vuestra misericordia y bondad, como el agua rodea al pez en el mar; haced que me sumerja y me absorba aqui durante la eternidad; que me embriague, me pierda y me absorba aqui para siempre, y que conmigo lleve mis deseos, mis votos, mis esperanzas y cuanto tengo, todos mis afectos y todo mi amor. En esto, y sólo en esto se halla la felicidad.....

Jesucristo es el alma que debe animarnos; en él tenemos la vida, el movimiento y el sér, dice S. Pablo: *In quo vivimus, et movemur, et sumus. (Act. XVII. 28)*. El fiel cristiano debe decir: Jesucristo es mi soplo, mi respiracion, mi aspiracion, mi alma y mi vida; es para mi más querido, más precioso y más íntimo que mi alma; porque es el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu el centro de mi corazón. Así como el alma anima, vivifica, mueve, gobierna y dirige todos los miembros; así como habla por medio de la boca, oye por medio de los oídos, ve por medio de los ojos, anda por medio de los piés, y toca por medio de las manos; de la misma manera Jesucristo anima y vivifica mi alma, y por su medio mi cuerpo, todos sus sentidos, todas sus potencias y todos sus miembros, y los mueve y los dirige al bien y en servicio suyo. Porque él hace que mi lengua no diga más que cosas buenas y santas, que mis ojos no vean nada impuro, que mis oídos no se abran más que á la palabra de Dios y á las conversaciones castas, que mi corazón sólo guste del cielo, que mi espíritu no piense más que en las cosas divinas, y que mis piés y mis manos no obren más que para obras buenas.

¿Teneis hambre? Desead á Jesús; es el pan y el alimento de los ángeles. ¿Teneis sed? Desead á Jesús; es el manantial de las aguas vivas, es el vino que embriaga el alma. ¿Estais enfermos? Id á Jesús; es el médico supremo, el Salvador. ¿Se acerca la muerte? Suspirad por Jesús; es la vida y la resurreccion. ¿Teneis dudas?

Consultad á Jesús; es el ángel del gran consejo. ¿Estais en la ignorancia y en el error? Preguntad á Jesús; es el camino, la verdad y la vida. ¿Sois pecadores? Implorad á Jesús; él es el que libra al pueblo de sus pecados; para esto vino al mundo; su objeto, el fruto de su pasión fué borrar el pecado. ¿Estais atormentados por el orgullo, la gula, la impureza y la indolencia? Invocad á Jesús; él es la humildad, la sobriedad, la pureza, el amor y el fervor por esencia. ¿Deseais la hermosura? El es la hermosura incomparable. ¿Deseais las riquezas? En él habitan, hasta corporalmente, todos los tesoros de la Divinidad, dice S. Pablo: *In ipso inhabitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter.* (Colos. II. 9). ¿Envidiais los honores? La gloria y las riquezas están en su casa, dice el Rey Profeta: *Gloria et divitiæ in domo ejus.* (CXL. 3). Es el rey de gloria: *Quis iste rex gloria?* (Psal. XXIII. 10). ¿Quereis á un amigo íntimo? Por amor vuestro bajó del cielo, trabajó, sudó, llevó su cruz, y por vosotros murió también. ¿Quereis la sabiduría? Es la sabiduría eterna é increada del Padre. ¿Deseais consuelos y alegría? Es la dulzura de los corazones afligidos, y la alegría de los ángeles. ¿Deseais la justicia y la santidad? Es el Santo de los Santos, la eterna justicia que justifica y santifica á todos los que en él creen y esperan. ¿Deseais la vida bienaventurada? El es la vida eterna y la dicha suprema de los Santos y de todos los elegidos.

La única y verdadera felicidad está en Jesucristo.

Sólo en el cielo está la verdadera felicidad.

Sólo en el cielo se halla la felicidad suprema. Jamás el ojo ha podido ver, ni el oído percibir, ni el corazón del hombre sentir lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman, dice S. Pablo á los Corintios: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis, qui diligunt illum.* (I. II. 9). Allí se embriagará el alma con la abundancia de la casa de Dios. Apagaréis la sed de vuestros elegidos, Señor, con el torrente de vuestras delicias; porque en vos está el manantial de la vida, y en vuestra luz veremos la luz, dice el Real Profeta: *Inebriabuntur ab ubertate domus tue, et torrente voluptatis tue potabis eos; quoniam apud te est fons vite, et in lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 9-10).

Acá en la tierra, dice S. Bernardo, el justo muere lleno de días, y en el cielo vive por la eternidad: en todas partes se sacia, do gracia en la tierra, y do gloria en el cielo: *Hic moritur justus plenus dierum; et illic oritur in plenitudine dierum. Utrobique plenus; et hic gratia, et illic gloria.* (Serm. in Cant.). Decid al justo que estará bien en el cielo (*Véase Cielo*), dice el Señor por boca de Isaías: *Dicite justo quoniam bene.* (III. 10).

El hombre es enemigo de su felicidad.

Todos nos dañamos á nosotros mismos, dice S. Ambrosio: *Nemo læditur, nisi á seipso.* (Serm. III). El hombre desea sin cesar la felicidad, una felicidad sin fin en goces y en duración; y sin embargo huye de ella; la quiere, y se aleja de ella. La felicidad se

le presenta, y él cierra los ojos, la desprecia y se va. La busca en todas partes en donde jamás ha de encontrarla; en todas partes en donde no está. Y allí donde se halla y donde puede hallarla, no la busca. La dicha no está fuera de Dios: sólo está en Dios; y allí no quiere él buscarla. .... Ciego, engañado, seducido por la mentira, el error, el demonio, el mundo, los sentidos, cree hallarla en los objetos sensibles, carnales, en los objetos de la tierra, en las criaturas, en lo que le rodea y en sí mismo; pero, como no persigue más que fantasmas, sólo encuentra la nada.

Ciegos espirituales, abrid los ojos, y vereis que la verdadera felicidad no está más que en Dios; comprended por fin que sólo allí la hallaréis; arrojaos pues al seno de Dios, y descansaréis eternamente.

Santo Tomás de Aquino indica tres medios para adquirir la felicidad: 1.º la voluntad firme...; 2.º la resistencia á las pasiones...; 3.º la bondad, la mansedumbre hacia el prójimo. (4. p. q. art. 7).

San Agustín indica dos medios: la oracion y la lectura. Porque, dice, cuando oramos, hablamos á Dios; y cuando leemos, Dios nos habla: *Cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum vero legimus, Deus nobiscum loquitur.* (Serm. CXII. de Temp.).

Aquel gran doctor señala tambien en otra parte otro tercer medio: Observar la ley de Dios: *Ille beatissimus est, qui divinas Scripturas vertit in opera.* (Serm. CXII. in Temp.).

Practicar las ocho bienaventuranzas es buscar y hallar la felicidad verdadera.

Medios de llegar á la verdadera felicidad.